

VARIOS ASPECTOS Y MOMENTOS DE ROSAS

(de la pág. anterior)

ellas, se van a dar interminables paseos por los plácidos y estupendos alrededores de la bahía de Rosas.

La proeza de un nadador.

El lunes, 16 de agosto, o sea en plena fiesta mayor, a un joven doctor de Gerona, de unos 28 años de edad, se le ocurrió que podría realizar solo y a nado la travesía del espacio líquido entre La Escala y Rosas. Solamente le siguieron en aquel propósito, sin precedentes según nos han informado personas de la población, dos o tres embarcaciones pequeñas. Aproximadamente, a las nueve de la mañana, se echó al agua desde un lugar de La Escala el joven señor don Felipe Sánchez Babot, efectuó la travesía normalmente y llegó a un establecimiento marítimo del «Club» de Rosas a eso de las cuatro de la tarde del mismo día. Tardó en llegar a Rosas unas siete horas y hubo de vencer una distancia que reducida a kilómetros representa alrededor de unos 15. Al aproximarse el nadador a Rosas, sonaron las sirenas de algunas barcas y una buena parte de la población acudió y se congregó en el mencionado «Club» para recibirle. Una vez convenientemente atendido el nadador, fué varias veces aplaudido y se le entregó, entretanto, una copa deportiva. No podemos asegurar si hubo luego un banquete de homenaje y flores con representación femenina para restablecer la serenidad e integridad del excelente nadador.

La Fiesta de la Virgen de Agosto.

Esta fiesta atrae bastante a la gente de los pueblos inmediatos. Figueras no falla nunca. Este año que el motor se ha impuesto de una forma absoluta en la comarca, han caído sobre Rosas una cantidad tal de motos y motocicletas, aparte del numeroso turismo de cuatro ruedas, que se hacía por momentos necesaria la presencia en cierto lugar de un guardia rosense para asegurar el tráfico. La «secta» de los «vespistas» ha marchado estos días triunfal y ritualmente sobre Rosas. La «Vespa» imprime un nuevo carácter a las personas recién motorizadas. Hay quien

los llama también «vespasianos», pero nosotros los consideramos simplemente unos señores zumbantes y carilucios. Como decíamos, Rosas va haciendo adeptos y la fiesta mayor se dilata y es esperada con verdadero deseo. Tal vez hubo algún día que el tiempo no se presentó muy seguro, pero aquel o aquellos que estaban a punto o decididos para ir a Rosas, fueron de todas maneras. La simpatía y la buena acogida siempre pueden más que cualquier contratiempo.

Las Sardanas en Rosas.

Rosas tiene calles desde las cuales no se ve el mar. Mas sea la que fuere la calle donde se organicen y bailen las sardanas, que desde este anillo ancestral el mar siempre está a la vista. En el paseo junto al otro paseo cerca del mar, en la plazuela de la Lonja del Pescado, en la calle llamada comúnmente de «Davant» o en cualquier otra, las sardanas saben dar con la encrucijada que las entrelaza con la más tierna y deliciosa visualidad marinera. Las sardanas de Rosas tienen un agradable sabor o substancia eternamente engolfada. Las sardanas de la bahía de Rosas nos traen a la mente mil motivos mediterráneos arraigados en este Ampurdán diletante que ya no podría concebirse su nombre sin esa mar gentil.

El Faro.

El faro en un pueblo de mar está fijado en algún promontorio cercano para ayudar al prójimo que navega con certeza o con desvío. El de Rosas tiene además una vegetación y paisaje propios para los enamorados. Durante el verano, las tardes y atardeceres en el faro de Rosas alimentan de cariño y fervoridad sobre todo a los que comienzan a quererse. Aquí el mar besa como jamás habíamos presenciado a las arrogantes y esbeltas postrimerías de una constitución pétreo solemne. Aquí hay nidos y recodos que el tiempo, el azar y una hada buena sólo permiten descubrirlos a quienes huyen de otro mundanal ruido. Aquí, a los pies del faro, los ramalazos del mar son tan fuertes como las pasiones de los hombres. Por esto subsiste en este paraje, que ofrece inmejora-

bles perspectivas de habitabilidad, muy al contrario en este aspecto de las condiciones que presenta el de Cabo de Creus, una grandilocuencia que fluye de un clima anterior al Cristianismo. Desde esta casa de luz la panorámica es irresistible, de tanta belleza colocada al alcance de nuestros ojos.

Los días que no son de fiesta.

Entre semana, cuando no hay fiestas, Rosas despacha a los domingueros que es un encanto, pero se queda con la parte más nutritiva del mantenimiento veraniego: los turistas y veraneantes. Los días transcurren bastante monótonos. La única novedad es la del turista extranjero que llega. Si ese turista se presenta o se da a conocer en seguida, la novedad acaba al cabo de unos cuartos de hora. No ocurre lo mismo cuando el extranjero hace su mundo aparte, porque entonces la gente tiene tema al ir entreteniéndose a descifrar el enigma del personaje advenedizo. Queda la esperanza para no morir de hastío con tantas invitaciones reprisadas, que los naturales de Rosas son amables y uno puede charlar un buen rato con ellos sin escuchar nunca de los rosenses frases o ideas repetidas. Además, según hemos dicho anteriormente, Rosas posee muchos atractivos y si uno sabe dar con ellos y administrarlos bien, el verano se hace más dulce y sabroso aquí que un melón valenciano. Una bella señorita inglesa que ha pasado unos días en Rosas, se deshacía en elogios de la caballerosidad y gentileza de los jóvenes de este país. Quedó sorprendida de tanta invitación y requerimiento de nuestros jóvenes para ir a pasear y ver una caída de luna en el golfo de Rosas. Conoció dicha señorita a catorce muchachos, uno después de otro, y todos le expresaron el deseo de hacer y recomendarle el mismo trayecto artístico. Los días que no son de fiesta son algo monótonos en Rosas.

La instalación "Bahía"

En Rosas hay un hombre con buen espíritu de empresario: el señor Juan Turró. Este señor es el dueño de «Bahía», que es

